

Narración y memoria en *La casa y el viento* de Héctor Tizón

Marcela Bricca¹

Resumen

En la siguiente ponencia me propongo partir del concepto benjaminiano de narrador, para mostrar de qué modo el protagonista de la novela, *La casa y el viento* de Héctor Tizón, procura realizar un registro memorable de su último paso por la puna antes de partir al exilio, apelando a las voces de diferentes narradores orales y a testimonios de numerosos sujetos que le permiten fijar en imágenes vividas el presente, al mismo tiempo que resignifica el pasado de su infancia, a la luz de los hechos históricos acontecidos en nuestro país durante los años de la última dictadura. La narración surge como producto de la evocación subjetiva de la memoria, construida a partir del relato polifónico y, a la vez, reivindicatorio de un sentimiento de pertenencia intacto que interpela desde la distancia planteada por el exilio; porque muchos de los que se fueron, no se fueron del todo.

Palabras clave: narrador benjaminiano; exilio; evocación subjetiva de la memoria

¹ Profesora de Lengua, Literatura y Latín. Tesista de la Universidad Católica de Córdoba

Narración y memoria en *La casa y el viento* de Héctor Tizón

“La narración perfecta emerge de la estratificación
de múltiples relatos sucesivos”
Walter Benjamin

Si bien Benjamin en su obra *El narrador* manifiesta su convicción de que en la modernidad el narrador ha sido reemplazado por el novelista, reconoce que su imagen ha sido preservada en el cronista, aquel que desde la época medieval era el encargado de evocar la historia sin el apremio del riguroso apego a la veracidad, pero con la misión de salvar la memoria de los hechos acontecidos a través de su narración.

Héctor Tizón manifiesta que esta obra, objeto del presente análisis, es una novela, pero es evidente que el narrador autodiegético de la misma se comporta precisamente como ese cronista para quien “...el arte de narrar estriba en mantener una historia libre de explicaciones al paso que se la relata” (Benjamin, 2010: 68). Esto justifica la concurrencia de diferentes voces que pueden transmitir la experiencia de una tradición despreocupadas de la trama, al abrigo de sus interpretaciones. Voces que interpelan al protagonista en su soledad, como el viento que lo acompaña a lo largo de ese recorrido, que se ha propuesto realizar antes de partir a su exilio; por lugares que también guardan un poder evocador, ya que estimulan a la memoria porque, “...al recordar, se recuerda una imagen y la afección que conlleva esa imagen” (Arfuch, 2013: 31).

El protagonista, además ha decidido su autoexilio, como el mismo lo manifiesta: “Desde que me negué a dormir entre violentos y asesinos...” (Tizón, 2013:13). Pero ha descubierto que la única manera de partir es llevándose su casa y su tierra a través de recuerdos y de voces que luego, y con la mediación de la distancia geográfica, pondrá en palabras gracias a la construcción narrativa de su historia.

Es mi propósito mostrar que la narración en “*la casa y el viento*” de Héctor Tizón surge como producto de la evocación subjetiva de la memoria, construida a partir del relato polifónico y, a la vez, reivindicatorio de un sentimiento de pertenencia intacto que interpela desde la distancia planteada por el exilio; porque muchos de los que se fueron, no se fueron del todo.

Para una mejor comprensión he considerado conveniente dividir esta exposición en dos partes: los espacios y las voces.

I Los espacios

Entre los espacios recorridos a lo largo de la historia de la persona; la casa, sin dudas, es el principal, dado que es el lugar de origen de todo movimiento hacia cualquier otro sitio a donde pueda desplazarse el sujeto; y es donde la memoria regresa una y otra vez para buscar las huellas de la identidad personal, en una especie de eterno retorno. Esto motiva al narrador para que señale: “La historia de un hombre es un largo rodeo alrededor de su casa” (Tizón, 2013: 145).

La importancia de este espacio ya queda establecida desde el título de la obra que, al abrir el circuito de la comunicación, anticipa la primacía que éste tendrá en el desarrollo de la trama. Luego, el narrador comienza el relato refiriéndose a él con el título del

primer capítulo: “La casa a lo lejos” (Tizón, 2013: 9); y lo cierra con estas palabras: “Un soplo desvaneció mi casa, pero ahora sé que aquella casa todavía está aquí, erguida en mi corazón” (Tizón, 2013: 146). Además, a lo largo del relato es mentada en muchas oportunidades con la melancolía de la distancia, pero con el reconocimiento de su función evocadora.

Leonor Arfuch al referirse a este sitio lo define como el lugar “...donde anidan la memoria del cuerpo y las tempranas imágenes que quizás nos sean imposible de recuperar y que por eso mismo constituyen una especie de zócalo mítico de la subjetividad” (Arfuch, 2013:28). Conceptualizada de este modo la casa, más que un simple espacio, es un cronotopo², que en este relato se une a otro, el de la extraterritorialidad del protagonista. “...ese estado del ser que no está ni en un sitio ni en otro, sino más bien entre medias de cosas que no pueden conjugarse en él” (Said, 2005:114). Situación que experimenta aquel sujeto que ha sido exiliado, cuya existencia, “...transcurre con un calendario diferente, y es menos estacional y está menos asentada que la vida en casa” (Said, 2005: 195). Esta es la dimensión cronotópica especial en la que se encuentra la vida del narrador y la imagen de la casa se asimila a ella. Esto motiva las palabras con las que expresa: “Tampoco yo lograba ser otro, porque me había llevado la casa auestas” (Tizón, 2013: 10).

Ese lugar pasa a constituir, entonces, otra dimensión cronotópica, a la que ingresa el sujeto cuando quiere apelar a su memoria, porque él ha dejado de morar en ella, pero la casa continúa representando su primera habitación en el mundo y, especialmente, su relación con otros hombres. Es al primer lugar al que se llega, pero dónde no se llega sólo y por eso, significa su anclaje a la vida y a la sociedad. “Sin ella el hombre sería un ser disperso” (Bachelard, 1965: 37); porque la casa contiene al hombre y a la vez lo sostiene a lo largo de la vida, es su arraigo y el refugio de sus recuerdos. El narrador afirma: “Hace mucho que he clausurado las puertas de mi casa, pero la sombra de sus tejados, los rincones ocultos entre pinos y limoneros [...] aún me persiguen, viven en mí como un susurro en la cabeza de un loco” (Tizón, 2013:51).

Es tan fuerte el lazo que lo une a ella, que llega a percibirla como una prisión al preguntarse: “¿La libertad acaso es no tener nada?” (Tizón, 2013: 20), sin embargo al final de su relato va a reconocer en esa casa el valor de su arraigo, justamente porque ha partido hacia un exilio, que si bien es voluntario, está determinado por los hechos acontecidos durante la última dictadura militar argentina. Él sabe que ella es lo único de él que no ha sido ni será jamás desterrado, porque la casa es la tierra y sus sonidos; la gente y sus voces; recuerdos que se ha encargado de guardar en la memoria antes de partir; objetivo principal de ese su último viaje a través de La Puna.

Dice Leonor Arfuch que “...andar es apropiarse del lugar...” (Arfuch, 2013, 30), y que “...morar es también deambular...” (Arfuch, 2013: 31); porque es lo que produce el encuentro del hombre con los demás y propicia la ampliación del espacio biográfico. Todos esos lugares por los que transita el sujeto, de alguna manera son incorporados en

² El concepto de cronotopo es acuñado por M Bajtin para hacer referencia a una dimensión que se produce al reunir dos elementos narrativos: espacio y tiempo en una especie de amalgama metafórica en la que estos elementos deben percibirse de manera conjunta y su importancia en la diégesis está dada porque a partir del mismo pueden interpretarse otros elementos extradiegéticos, como en este caso el significado que la casa adquiere desde el exilio para este narrador y el mismo estado de extraterritorialidad del protagonista.

la configuración de la experiencia. La memoria se enriquece con ellos; al igual que la presencia de quienes los habitan, con sus propias historias de vida, constituyen la amalgama social que la determina; porque, “pensar la relación entre espacio y subjetividad [...] también supone esa fluctuación, una temporalidad disyunta de pasados presentes, una trama social y afectiva, configurativa de la propia experiencia, una espacialidad habitada por discontinuidades, tanto físicas como de la memoria” (Arfuch, 2013: 31). Por todo esto, el protagonista señala, que su propósito antes de partir ha sido: “...cargar mi corazón de imágenes para no contar ya mi vida en años, sino en montañas, en gestos, en infinitos rostros; nunca en cifras, sino en ternuras, en furores, en penas y alegrías. La áspera historia de mi pueblo” (Tizón, 2013: 13).

El recorrido que hace lo lleva desde Humahuaca, pasando por Rinconada hasta Yavi, última localidad argentina en los límites con Bolivia. Al objetivo inmediato del viaje, él mismo lo ha enunciado: llenar el corazón con esos espacios y las voces de su gente; pero existe otro propósito que va a revelarse cuando desde el exilio, él conjugue subjetivamente todo ese material en una narración en la que procurará encontrar su identidad³.

Al relatar ese, su último viaje, él conecta el pasado reciente con el pasado remoto, porque el paso por determinados lugares, así como el encuentro con ciertas personas o la presencia de algunos objetos movilizan en su memoria recuerdos significativos. Así, en Rinconada, estando solo en el campo a donde había ido de caza, recuerda una estación vacía en la que habían quedado varados con su padre, tras perder el último tren. Su memoria recupera ese lugar para recordarle la desilusión, que hacia su progenitor, había sentido aquel día, a quien no había podido perdonar, en aquel entonces, el error de ese acontecimiento, ya que obnubilaba completamente la imagen de omnipotencia que su padre representara para él.

También, las tormentas eléctricas le sugerían el recuerdo del amor que se profesaban su padre y su primera maestra luego de haber visto, siendo niño, un abrazo entre ambos debido al miedo que a ella le causara un trueno inesperado, porque “todas las cosas, el más humilde de los enseres que rodea nuestra vida, al igual que muchas circunstancias banales, tienen más trascendencia, mayor poder evocador que las ideas” (Tizón, 2013: 25, 26).

En Yavi, poco antes de cruzar la frontera, las montañas le recuerdan el paisaje donde había vivido con su esposa e hijo en algún tiempo, pero también son las montañas de siempre como cada lugar que recorre, él mismo lo reconoce cuando manifiesta: “... este paisaje presente en mi desde la infancia y que ahora veo, porque se necesita haberlo visto durante toda una vida para verlo” (Tizón, 2013: 130). Del mismo modo, la imagen de Evaristo, el dueño del prostíbulo, le recuerda al señor Boldi, un italiano amigo de su padre que dirigía la obra del ferrocarril, quien siendo él un niño, le había enseñado a cortar la carne del asado, empleando los dedos como tenedor y lo había salvado de la mordedura de una serpiente al pie de un barranco. También, el libro que lo transporta de

³ Hago referencia al concepto de identidad narrativa elaborado por Paul Ricoeur quien la define como la identidad que el sujeto puede construir a partir de la narrativización de la propia historia de vida. La dimensión narrativa permite resolver dialécticamente toda mutación que pueda presentarse en el sujeto en el transcurso del tiempo ya que esta “sólo puede ser correlativa de la concordancia discordante de la propia historia.” (Ricoeur, *Historia y narratividad*, 1999, pág. 221). Esto quiere decir que el sí mismo del sujeto al configurarse como sujeto de la trama gracias al principio de analogía se objetiva y se asume narrativamente como una totalidad de sí, o en término ricoeuriano de su “ipseidad”.

regreso a ese edificio de la escuela, donde un maestro le había dicho, una vez, “donde hay libros no hay diablos [...] cuando el hombre ve, los diablos desaparecen” (Tizón, 2013: 50). Ahora veía todo y ya no temía a los diablos.

Así, la estación vacía, las tormentas eléctricas, las montañas, la imagen de aquel hombre, el libro y la escuela se convierten, junto a la casa, en elementos constitutivos de la trama; en la medida en que configuran esos espacios de la memoria en los que el protagonista resguarda su identidad⁴ para preservarla del pathos del exilio; lugar de la eterna añoranza desde el momento en que comprende “...que nada vuelve, que el regreso no existe” (Tizón, 2013: 10). Desde la distancia, entonces, la narración emerge al rescate de la memoria, poniendo los recuerdos en palabras; y de este modo, “...el lenguaje es también el recurso de nuestra propia desdicha; y el hombre lejos de su casa se convierte en una llamada sin respuesta” (Tizón, 2013:145). Porque ha perdido la firmeza de su tierra desde que tuvo que descubrir sus raíces para llevarse a cuestas su pasado su tiempo y su historia a un lugar que le dará refugio y amparo, pero en el que jamás tendrá cabida el arraigo.

II Las voces

El protagonista parece advertir que la imaginación puede amenazar la fragilidad constitutiva de la memoria; desde el momento en que no se conforma con el mero almacenamiento de imágenes antes de la partida, sino que a ellas le incorpora las voces de quienes son testigos de su recorrido. Voces que a la vez se harán eco de palabras lejanas pronunciadas en otro tiempo, por quienes han formado parte de su pasado; porque “la experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que han bebido todos los narradores” (Benjamin, 2010: 61).

Esas voces son convocadas por el viento; él las susurra y las reúne para transportarlas por los espacios puneños, ellas como el eco se multiplican en infinitos sonos para relatar las historias de un pueblo. De este modo el viento se hace narración para morar en la casa grande que es esa tierra recorrida por el protagonista. Tierra que ha sido su cuna, su jardín, su hogar y está a punto de convertirse en su eterna Ítaca, querida, añorada y jamás olvidada.

Al ceder la palabra a todas esas voces el narrador reúne “...la noticia de la lejanía, tal como la traía a casa el que mucho ha viajado, con la noticia del pretérito que se confía de preferencia al sedentario” (Benjamin, 2010: 62). Esto lo lleva a recopilar en su narración esos relatos de personas comunes que va encontrando en su recorrido; como el del chofer del camión que aborda para trasladarse a Rinconada; quien le cuenta la historia de un compadre que había muerto en medio del campo por una hemorragia, producida por el ataque de un condor. Algunas, las rememora sin mencionar a su interlocutor, como el episodio del cura que tenía un comportamiento extraño y termina huyendo un día del pueblo, llevándose los objetos de valor de la iglesia, al que luego, los feligreses persiguen hasta despojarlo de todo lo que había robado.

También evoca historias surgidas de situaciones en las que, como él mismo lo dice: “...las llamas del fuego prosperaban, los hombres parecían locuaces y seguros de sí, como si nada ni nadie pudiera privarles de su pasado...” (Tizón, 2013: 56); escenificando esos momentos en los que el narrador, “...tiene un consejo para dar al oyente” (Benjamin, 2010: 64). Entonces tiene lugar el relato de Felix sobre la muerte

⁴ Se hace referencia a la identidad cultural, para diferenciarla de la identidad narrativa.

de su padre, circunstancia que había sido aprovechada por otro cura del pueblo para apropiarse de bienes que pertenecían al difunto.

Otras tramas se construyen por la participación de más de una voz, como la del extranjero que había llegado un día a esas tierras en busca de oro, de quien se enamoran las hermanas Zenaida y Zenobia y que había muerto en un incendio de dudoso origen. Pero, sin dudas, entre estos relatos, el más importante es el de Belindo, ya que es un testimonio; no sólo de la niñez del protagonista, al que había escuchado desde muy pequeño; sino también de la infancia de su abuelo, a quien había oído narrarlo a menudo. Esa historia es contada de manera interrumpida y por distintos narradores. Belindo de Casira había sido un cantor de coplas, en cuyo arte, decían, nadie había igualado. El viajero, al llegar a Rinconada, recibe referencias de aquel cantor de boca del anciano, que le da albergue en su casa, y como éste le dice que el coplero ha muerto, decide ir al cementerio, donde el sepulturero le advierte que a la tumba de Belindo se la ha llevado el río en una creciente. La importancia de este relato reside en que él encierra una mezcla de tradición y cultura, a la vez que alterna hechos sobrenaturales y creencias para contar la historia de una vida libre de "...la conexión psicológica del acontecer" (Benjamin, 2010: 68).

Belindo huérfano de nacimiento, había manifestado sus condiciones para el canto desde el comienzo de sus días, los lugareños decían que su llanto estaba compuesto por "...berridos de vocales..." (Tizón, 2013: 47). Pero había otro hecho aún más significativo: según una tradición del pueblo, existía una costumbre que se llevaba a cabo poco después del alumbramiento, entonces la placenta debía quemarse con algún billete para asegurar la prosperidad del niño, pero cuando hubo nacido Belindo lo único que habían tenido a mano era un almanaque lleno de versos y adivinanzas, por eso decían que "la guaga iba a ser pobre y vocacional para las coplas" (Tizón, 2013: 47). Este nacimiento luego fue considerado como un mal presagio porque había causado la muerte de la madre; más aún, cuando al año siguiente, al cumplirse un año exacto del hecho, el pueblo fue azotado por la sequía primero y luego por la inundación.

Al narrador le llega otro relato referido a este personaje, en el que su figura adquiere dimensiones míticas. Esta versión cuenta el episodio que habría tenido lugar a los dos años del niño, cuando había sido abandonado en una cueva de estructura laberíntica, de la cual sale gracias a la ayuda que le proporciona una araña, al guiarlo por el camino correcto. Esa figura se engrandece en el momento en que Tomasa, la dueña del almacén, le revela que a Belindo lo llamaban el pastor de las abejas, cuando vivía con el turco Hassan, quien tenía su guarda, porque con su música encantaba a esos insectos que salían de los panales, se posaban en la cabeza del niño para oírlo cantar y luego regresaban a fabricar la miel, como si la música las incentivara para la tarea.

Tiempo después Belindo se habría marchado del pueblo y a su regreso ya era todo un "...maestro coplero tañedor de charango y virhuela" (Tizón, 2013: 53). El final de la historia de este personaje, que coincide con el final de su vida, le es revelada al viajero por Evaristo, el dueño del prostíbulo, quien le cuenta aquel episodio, en el que el músico encuentra su muerte a manos de un agresor en un almacén de Sococha. Este final dignifica la historia dado que en ella la muerte se presenta como una clausura del propósito de vida del individuo, porque en el momento de su muerte le es revelado el verso perdido, que anhelaba encontrar. El mismo hombre que acaba con su vida es quien se lo susurra al oído. En busca de aquel verso había partido un día, sin embargo, había tenido que regresar a su lugar de origen para encontrarlo.

Pero el motivo que convierte a la historia de Belindo en la más importante entre las demás referidas en esta novela, reside en la insistencia con la que el protagonista indaga sobre ella, como si del conocimiento de la misma dependiera su propio destino. El

mismo lo expresa diciendo "...lo que yo buscaba era una metáfora o mejor una síntesis, sin saber muy bien para qué" (Tizón, 2013: 74); y se pregunta si "ese verso era una clave remota, un remedio secreto contra el olvido" (Tizón, 2013: 41). Y esa clave reside, justamente, en el final de aquel relato; Belindo al morir, descubre el verso buscado durante tanto tiempo y en diferentes sitios; pero lo encuentra en su propia tierra, esta certeza le da al protagonista la justificación de su propio viaje. Belindo había trazado su itinerario hacia el exterior, salió de su pueblo para rastrear el verso; pero él ahora sabía que allí había radicado el error del coplero, por eso se propone ir hacia las entrañas de su tierra, llegar a los lugares más remotos y olvidados, porque el verso perdido es una metáfora de la identidad⁵ y esa sólo se encuentra en las raíces de la propia existencia, entonces consciente de su necesaria partida expresa: "Quiero dejar atrás la estupidez y la crueldad, pero en compensación debo retener la memoria de este otro país para no llegar vacío a donde viviré recordándolo" (Tizón, 2013: 111). El país al que se refiere es el de la gente sencilla y humilde, que ha conocido en su niñez, habitantes de pueblos olvidados en el tiempo y en la geografía y poseedores de innumerables relatos orales, que configuran una tradición que se opone, cada día más, a la historia que se narra en las calles de las ciudades, "...en los días en que se acobarda, aterroriza y mata..." (Tizón, 2013:126); días en los que suceden hechos como el que recuerda, le ocurriera a un amigo de sus hijos, quien había sido secuestrado golpeado y torturado hasta perder el sentido y la integridad física, pero, al que a pesar de todo, sólo le preocupa el dolor que sentiría su madre al verlo; y tantos otros episodios que constituyeron lo que él denomina: "...borrachera delirante, pero fría de terror y de sangre que a la memoria no le gustará retener" (Tizón, 2013: 106). Esto lo motiva a buscar en su pasado las cimientos de una época feliz, como lo había sido la de su infancia, para poner al abrigo de la misma los recuerdos que lo acompañarían a su exilio.

Para eso se comporta como el cronista que recopila testimonios y versiones, que luego organizará en una narración que como señala Benjamin: "Mantiene su fuerza acumulada y es capaz de desplegarse aún después de largo tiempo" (Benjamin, 2010: 69). Porque el valor de la palabra evocadora de la memoria reside en el lazo de amor a la tierra y a sus hombres, que sólo se mantiene cuando la partida tiene como propósito la reivindicación de la historia; porque él "...ahora huye, pero anota y sabe que un pequeño papel escrito, una palabra malogra el sueño del verdugo" (Tizón, 2013: 126). Por eso, su escritura se convierte en un acto liberador que purifica el pecado de haberse ido. Porque él no puede dejar de sentirse culpable de su autoexilio; ya que percibe como un mandato de la tierra el permanecer siempre en el lugar donde se nace, y esto lo lleva a debatirse entre la fidelidad a esa voz que lo condena al silencio, o la huída en busca de un espacio desde donde contar la historia que todos callaban entonces.

III Conclusión

En imágenes y en voces el viajero se lleva la historia que luego evocará desde el exilio. Su partida es como él la define una huída, porque no puede irse simplemente de la tierra que lo vio nacer sin percibir el dolor que le causará la identidad perdida y por eso decide marcharse sin ser advertido, de a poco y ocultando las huellas; en parte para no ser descubierto, pero principalmente para atenuar el sufrimiento, postergando el desenlace con la lentitud del paso.

⁵ Nuevamente se hace referencia a la identidad cultural.

El viaje parece un pretexto que contribuye a la demora, pero en realidad tiene un propósito mayor: llenar de imágenes el corazón para albergar en ellos los recuerdos del pasado y los testimonios del presente; porque en algún momento tendría que contar su historia y la de sus hermanos y para eso la materia narrativa, evocadora de ese pasado mítico de la infancia, le serviría para mostrar la otra cara de su tierra, esa que aún no se había manchado con sangre fratricida, porque era la historia de gente humilde que sabía vivir como hermanos compartiendo el alimento y la vida en torno al fuego, que se avivaba para dar a luz una anécdota.

En esa misión quijotesca pone a resguardo la integridad de una Patria diferente, que por contraste, deja en evidencia la sombría realidad que se delinea con violencia y muerte. Y para no sevir al silencio, decide partir para contar desde otras tierras el dolor que es suyo y es de todo los hombres que no se fueron del todo.

Bibliografía

Bachelard, Gastón 1965 (1957) *La poética del espacio* (México DF: Fondo de Cultura Económica)

Benjamin, Walter 2010 (2008) *El narrador* (Santiago de Chile: Salesianos Impresiones S.A.)

Said, Edward 2005 (2001) *Reflexiones sobre el exilio* (Barcelona: Limpergraf)

Tizón, Hector 2013 (1984) *La casa y el viento* (Buenos Aires: Aguilar)